

**HERÓN PROAL, LOS COMUNISTAS
Y LA HUELGA INQUILINARIA
DE VERACRUZ DE 1922**

Paco Ignacio Taibo II

© Paco Ignacio Taibo II
Febrero 2017

**Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaeleerenlibertad**

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez, Ezra Alcázar y
Óscar de Pablo.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

@BRIGADACULTURAL

I. Pobre, marinero y tuerto

México produce de vez en cuando personajes a los que la historia tradicional les queda pequeña, sorprendentes, dotados de una inercia particular por la que parecen haber sido lanzados a un interminable abismo del cual emergen con frecuencia. Desmesurados, teatrales, difíciles de querer, peor aún, casi imposible no quererlos.

Herón Proal nació en la calle Honda de una pequeña población llamada Tulancingo, en el estado de Hidalgo el 17 de octubre de 1881. Era el octavo hijo de un comerciante francés llamado Víctor Proal, dueño del Bazar Universal y de la chilanga Amada Islas. Muy pronto Herón y sus hermanos pasarán de ser hijos de comerciante a ser hijos de la pobreza y la miseria porque Víctor Proal desaparece de sus vidas al fugarse de regreso a Europa con una italiana. Nunca volverán a saber de él. “Nos dejó en la miseria [...] no teníamos el pan seguro”, dirá su octavo hijo muchos años después. Se mudarán a las afueras de la ciudad y sobrevivirán gracias a que la madre lava ropa ajena.

Herón fantaseará más tarde, en sus años de marino, con viajar a Europa, encontrarlo y vengarse de él.

Estudia primaria con un maestro racionalista y ateo, Epifanio Silva, que de alguna manera le ayudará a entender que en este mundo la religión es propiedad de los ricos.

A los 14 años, pasando por Pachuca, donde viven sus abuelos, llega a la Ciudad de México. Vaga de trabajo en trabajo, paria urbano. Es obrero del Centro Mercantil, cosiendo chales y pantalones, empleado de un turco que vende helados y comerciante minorista fracasado. En 1897 se enrola como grumete en la Escuela Naval Militar.

Pasará en los siguientes quince años por casi todos los barcos de la armada porfirista en el Golfo de México, empezando por el buque escuela *Yucatán*. Si el océano es la libertad, el mundo militar es su negación. Pasa de grumete a marinero, cabo de primera, cabo de cañón, a bordo de la corbeta escuela *Zaragoza*, de donde será expulsado. Va a dar al cañonero *Veracruz* y luego al cañonero *Nicolás Bravo*, que se dedica al transporte de armas y materiales de guerra a la península yucateca durante la guerra contra los mayas. Conocerá todo el Golfo de México, pero también viajará mucho más lejos y llegará a La Habana y Nueva York, que en el futuro le dejarán la cabeza llena de nostalgias.

Y es en aquellos años cuando pierde el ojo derecho y queda tuerto. Hay muchas versiones sobre el accidente. La más común, que va a colaborar en el futuro mito del que será llamado “El Lenin mexicano”, es que lo pierde por el latigazo que le da un capataz.

Cuando la Revolución Mexicana se convierte en guerra naval, Proal, a pesar de sus simpatías por el maderismo y el constitucionalismo, se mantiene al margen y en abril del 14 abandona la Marina. En Veracruz comienza a reunirse con grupos sindicalistas y lo deportan a la Ciudad de México, retorna y se afilia al minúsculo Partido Obrero Veracruzano, que lo nombra vicepresidente.

II. Sindicalista, sastre y desastre

Rebelde aunque no sindicalista, porque no ha conocido el rigor de la vida fabril, Herón participará en varios intentos fallidos de crear una central sindical durante aquellos años. Del 15 al 17 de marzo de 1915 preside el Congreso Nacional Obrero de Veracruz, donde se constituyó la Confederación del Trabajo de la Región Mexicana, de corta vida, y es electo secretario general. Participa en el Congreso Nacional Obrero en marzo del 16 y forma parte de su efímero comité central. Los cargos de estas centrales sindicales que no prosperan se los debe a un verbo incendiario, a una habilidad para sintonizar con los corazones de los proletarios, a la decisión de encarar todas las injusticias y todos los abusos. Pero también son años de coqueteo con algunos de los cuadros progresistas del ala izquierda del obregonismo, como el general Cándido Aguilar y el coronel Adalberto Tejeda, a los que ofrece apoyo electoral.

Mientras tanto retoma el oficio de sastre (“estudié para sastre y salí un desastre”) y monta un taller que por primera vez le dará dinero. Se casa o se arrejunta con Herminia Cortés, con la cual tendrá dos hijos: Lucina y Víctor.

Pero fracasará de nuevo porque las deudas se tragan su manufactura. Otro de sus biógrafos dirá que fueron años de “una vida disipada”. Uno de sus biógrafos, García Mundo, recoge un testimonio: “Proal era pobre porque carecía de habilidad en cosas de comercio, a tal grado que era incapaz de vender un chile, un tomate, ni el oro molido que tuviera en sus manos”. Fuera eso o la “disipación”, cuyos biógrafos nunca precisan, el caso es que fracasa.

No se puede hablar de hogar cuando se cambia de casa tantas veces, siempre cargado de deudas. Habita con su

compañera en la calle de Landero y Coss, interior 4, luego en el patio de San Fermín. Al poco tiempo establece de nuevo su sastrería en el patio María Domínguez, en la calle Esteban Morales. Luego se muda al patio El Porvenir, interior 2, en la calle Zamora y, enseguida, se traslada al patio de Las Flores, en la calle Francisco Canal. Después regresará con su taller a la casa de Landero y Coss, interior 4, y de allí al patio de Las Fresas. Este vagar por patios y vecindades le dará en el futuro una visión directa de las situaciones de vivienda de los habitantes pobres del puerto. Nadie habrá de contarle a Herón el hacinamiento, la degradación, la ausencia de baño, las goteras, las altas rentas de esas vecindades.

III. Compañeros

En enero de 1919, los sindicalistas veracruzanos se declaran “por la acción directa y apolíticos” en un mitin realizado en el puerto, no reconocen a las juntas de conciliación más que para que fijen el salario mínimo y presionan por el mes de reparto de utilidades que concedía la Ley del Trabajo en Veracruz.

Impulsando este movimiento se encontraban un buen número de anarquistas: Rafael García Auli (el “negro” García), dirigente de los estibadores; el sastre Herón Proal; los carpinteros de Huatusco, Úrsulo Galván y Manuel Almanza, el anarquista español José Fernández Oca, el tabaquero Juan Barrios y el tranviario Antonio Ballezo.

García se había concentrado en el trabajo sindical entre los estibadores, Almanza y Galván habían militado de manera errabunda por el Golfo de México, llegando a tener una intervención destacada en Tampico durante la huelga petrolera de

1918; Fernández Oca hacía su labor entre los panaderos. Todos mantenían correspondencia con grupos anarquistas de otras partes del país o recibían materiales del anarcosindicalismo español; pero hasta ese momento no existía un proyecto común.

Ésta era el ala izquierda de la militancia obrera jarocho, pero en el puerto existía también un pequeño grupo amarillo cromista capitaneado por el linotipista Carlos L. Gracidas, quien un par de años antes había intentado ganar las elecciones de la alcaldía sin éxito, y cuya influencia no iba más allá de la Unión de Linotipistas de Veracruz.

Un hecho ajeno al movimiento obrero iba a darle forma al radicalismo veracruzano. En los primeros meses de 1919, un militante de la IWW (los famosos *wobblies*, los Trabajadores Industriales del Mundo) que había pasado una docena de años en los Estados Unidos, regresó a la ciudad de Veracruz, de donde era originario y en la que tenía parientes. Su nombre era Manuel Díaz Ramírez, y su primer trabajo fue fundar una academia nocturna para trabajadores donde se daban clases de inglés. A ella asistieron Herón Proal, Rafael García, Manuel Almanza, León P. Reyes, Úrsulo Galván y Juan Barrios (para que se vea que estudiar inglés tiene virtudes) y en ella nació el grupo *Evolución Social*, un grupo de afinidad de carácter anarquista que en marzo de 1919 comenzó a realizar mítines semanales de divulgación ideológica en los que combinaban los temas tradicionales de la propaganda anarquista (ni Dios, ni amo, ni Rey) con la defensa de la Revolución Rusa, un factor nuevo en el puerto.

En abril de 1919, el grupo *Evolución Social* se declaró admirador de la Revolución Rusa y editó un manifiesto donde llamaba a seguir “el ejemplo noble y viril de nuestros her-

manos los rusos; movimiento que se extiende ya por todos los ámbitos de la tierra y que reclama (...) nuestro inmediato concurso". Para ellos, los años de revolución armada no habían traído el deseado fin de la justicia social, la constitución del 17 les sabía a poco y a los patrones a menos, las condiciones de salario y vida de los trabajadores de Veracruz eran infames.

IV. Antorcha Libertaria

A mediados del 19, la parte más radical del grupo se reconstituyó y creó el grupo *Antorcha Libertaria*. Formaban parte de él Díaz Ramírez, Proal, Úrsulo Galván, Almanza, Fernández Oca, el negro García, Barrios y Carlos Aubry. Además de continuar la agitación con sus mítines semanales, casi todos ellos en el Teatro Eslava, los miembros del grupo comenzaron a tener una mayor participación en el movimiento sindical que se reanimaba en el puerto, lo mismo que en el resto del país. Colaboraron a la creación del sindicato de molineros de La Fortaleza, y en junio y julio de ese año mantuvieron una dura lucha contra la patronal hasta que fueron derrotados.

Proal era descrito por sus enemigos de causa como un hombre "con la frente despejada, su ojo dotado de sombras indescifrables y su nariz más chata que aguiña; boca grande en gesto resignado o de amenaza, genio violento y carácter pendenciero. Irascible a veces, violento y fanático en sus ideas y su intransigencia. Impetuoso e irreflexible... en lo físico ofrecía raros contrastes, lucía buena estatura, su cuerpo robusto y musculoso, pero de salud delicada... era incansable, trabajaba de las siete de la mañana a las doce de la noche".

En octubre, el grupo dio nacimiento a un periódico, *Irredento*, que tuvo momentos brillantes, desde la venta en los mercados, hasta la promoción truculenta en las peluquerías. El periódico jamás pudo pagar la deuda con el equipo impresor a pesar del apoyo de la Unión de Marineros y los estibadores del puerto, o de su éxito entre las sirvientas, cuando se creó una sección permanente de denuncias contra los patrones caseros y la explotación del trabajo domiciliario.

Los números que se conocen del diario muestran una combinación de informaciones sindicales, apoyo a la revolución rusa y divulgación anarquista, combinados con denuncias de médicos que tratan de seducir a sus enfermeras, patrones que se les olvida el aguinaldo y otros similares, en un tono y lenguaje muy popular.

Aunque la labor de *Irredento* era muy irregular, el grupo *Antorcha Libertaria* adquirió mayor presencia en el movimiento obrero veracruzano y consolidó a un grupo de militantes que habrían de dirigir en los siguientes años los movimientos sociales más importantes de Veracruz, por ejemplo, la huelga electricista.

El origen fue la demanda de los electricistas del puerto (tranviarios y generación de energía) de un 50% de aumento, reconocimiento sindical y readmisión de despedidos. La respuesta de la compañía extranjera fue *No* a todas las demandas y el 9 de agosto estalló la huelga. La experiencia de la huelga entre los ferrocarrileros de la terminal de Veracruz (realizada en el pasado julio) por aumento salarial y reconocimiento sindical, que triunfó gracias al apoyo de una huelga general portuaria que afectó a 3,500 trabajadores, estaba detrás del movimiento electricista.

La empresa se apoyó en el gobierno del estado y fundamentalmente en el general Guadalupe Sánchez, jefe de la zona militar de Veracruz, y puso los tranvías en movimiento con esquiroles, y custodiados por soldados. Los trabajadores respondieron con “miles de hojas sueltas a los pasajeros pidiendo a estos que no usaran los tranvías durante la huelga si tenían simpatías con la lucha del obrero”.

La empresa intentó sobornar al negro García, presidente de la Liga de Trabajadores del Puerto, provocó a los huelguistas llevando alcohol a las guardias, y ofreció jugosas primas a los desertores. Los incidentes se prodigaron, choques contra los esquiroles, abundante sabotaje a las instalaciones e incluso la detención de policías por los huelguistas, que los entregaron a las autoridades militares. En un clima de creciente tensión en el puerto, los sindicatos acordaron la huelga general solidaria y el 18 de agosto marinos, fogoneros, estibadores, panaderos, tabaqueros, carretilleros y ferrocarrileros, cesaron labores en solidaridad con los electricistas. El mismo día en que estalló la huelga, el general Guadalupe Sánchez agredió a un sindicalista en un tranvía manejado por esquiroles y varios obreros estuvieron a punto de lincharlo. Relucieron las pistolas y hubo algunos tiros sueltos y muchos golpes. La patronal del puerto respondió a la huelga general con el desconocimiento de los sindicatos y los soldados salieron a la calle. El ala derecha del movimiento encabezada por Rafael García apeló a la CROM en el DF y puso todo el peso de la solución en las negociaciones. El ala izquierda que encabezaban Herón Proal y Luis Cortés llamó al sabotaje y a la presión sobre los esquiroles. Entre los días 19 al 21 de agosto abundaron los choques. La mediación del gobierno fue clave para la solución del conflicto y el 28 de

agosto se levantó la huelga general con el triunfo de las tres demandas de los electricistas.

A consecuencia del movimiento, Proal sería deportado a la Ciudad de México y luego encarcelado en el ex convento de Santiago de Tlatelolco. Será liberado por Adolfo de la Huerta tras el golpe de Agua Prieta en 1920, que da fin a la etapa armada de la Revolución y que derroca a Carranza.

El 15 de febrero 1921 se reunió en la Ciudad de México un congreso nacional obrero que era el resultado directo del auge de 1920 y de la confluencia de la militancia roja a lo largo del país. Era el producto de la reorganización de la izquierda sindical tras dos años de dispersión, ante una CROM que se adueñaba formalmente de la dirección del movimiento obrero para ponerlo a la cola de un proyecto de conciliación clasista. Entre los delegados, Herón Proal (representando a *Antorcha Libertaria* de Veracruz) fue uno de los que dieron nacimiento a la Confederación General de Trabajadores, la CGT, que daría algunas de las luchas más espléndidas de la clase trabajadora en los siguientes años. Pero la unidad nacional de los comunistas y los anarquistas duró poco y se rompió muy pronto. Proal, a medio camino entre ambas corrientes, asistió al primer congreso del PC (diciembre del 21), el mismo que llevó a Díaz Ramírez a la dirección del partido y a que se alejara del movimiento veracruzano.

V. El movimiento inquilinario

La interconexión que se mantuvo a lo largo de los primeros años de la década de los 20 en el Golfo de México llevó hasta Veracruz los ecos de la ley inquilinaria yucateca, que fijaba

la renta en el 6% anual del valor de la casa. La situación habitacional del puerto era explosiva. En informes publicados por *El Dictamen* de Veracruz en los meses de enero a mayo de 1922 se relatan historias dantescas sobre condiciones de vivienda infrahumanas, escasez, malas condiciones higiénicas, rentas muy elevadas. De 1918 a esos días, las accesorias habían aumentado la renta de \$15 a \$30 y \$35, y los cuartos de \$6 a \$15 por cada uno. En vecindades donde habitaban 100 o 150 personas no solía haber más de un baño (como en el patio Variedades) o dos baños y un inodoro. Entre las denuncias que se hicieron públicas estaba la de un tal Porfirio, que vivía en un cuarto del tamaño de una sepultura, “no puede dormir en cama, porque no cabe dentro y duerme sobre tablas, y por ese cuarto, le cobran mensualmente \$12.50”. No era demagógica la reflexión que decía que la habitación popular en Veracruz estaba formada por “inmundas pocilgas cotizadas como si fueran palacios”.

Un factor novedoso que hacía más aguda la situación inquilinaria del puerto eran las enormes rentas que los dueños de los patios hacían pagar a las prostitutas. Una de ellas, María González, había enviado al presidente Álvaro Obregón, un telegrama para denunciar de la explotación de la que eran víctimas y éste había respondido diciendo que se tomarían medidas para detener a “esos individuos que viven explotándolas”. Prostitutas además perseguidas por un reglamento urbano que les impedía ir a bailes públicos, no les permitía el amparo judicial y prohibía a las meseras que se embriagara con los clientes.

A fines de enero de 1922 el Ayuntamiento aprobó un impuesto adicional a las contribuciones de fincas urbanas y

pensiones de aguas y los propietarios decidieron trasladar el impuesto a los inquilinos. El Ayuntamiento, presidido por el cromista Rafael García, tráfuga del grupo *Antorcha Libertaria*, apoyó indirectamente una convocatoria para una reunión en la Biblioteca del Pueblo.

En la noche del 2 de febrero se celebra una reunión, dirigida por un hombre del Ayuntamiento, el doctor Reyes Barreiro, cuyos tres mil asistentes dan idea de lo grave y explosivo del problema. Interviene el alcalde azuzando los espíritus contra los propietarios de los patios, interviene un marino que narra a los asistentes las leyes inquilinarias que se han aprobado en Campeche y Yucatán.

Aunque Herón Proal contará que estaba trabajando en su sastrería (o en la calle vendiendo *El Obrero Comunista*, que para eso existen las versiones) lo invitaron a asistir y luego a tomar la palabra. Con su habitual estilo turbulento irrumpió en la asamblea y denunció a García por querer frenar la lucha inquilinaria. La acusación era bastante injusta. ¿Qué lucha inquilinaria? A lo más podría haber acusado a los cromistas de querer canalizar la tensión que existía con fines institucionales y electorales.

El ambiente se tensa. La reunión se polariza entre anarquistas y cromistas, entre partidarios de la acción política y aquellos otros en pro de una acción social y económica fuerte. El alcalde intenta inútilmente invalidar las acusaciones lanzadas por Proal, hacer respetar el orden del día y evitar que los recién llegados lo desborden. Oponer un dique a un torrente es como aumentar su potencia devastadora. Proal relatará más tarde que cuando observa que entre los asistentes las armas comienzan a relucir, invita a todos aquellos que deseen escucharlo a continuar la sesión fuera de la Biblioteca.

El acto se escinde. Proal habla en la calle contra los promotores del acto a los que acusa de querer utilizar el naciente movimiento inquilinario para sus fines políticos; con Proal están los miembros de la Local Comunista de Veracruz.

Herón no es un hombre joven, tiene 41 años, es un dirigente conocido de la izquierda radical, pero no ha pasado la prueba de fuego de un movimiento social en que se encuentre a la cabeza, que lo obligue a desplegar sus habilidades de organizador y su capacidad táctica. No bastará con el discurso incendiario.

Los radicales invitan a una reunión masiva en el parque Juárez. La asamblea se deshace. A la noche siguiente el parque Juárez se llena con los inquilinos pobres de Veracruz convocados por Proal y volantes de la local comunista. Aparecen las prostitutas que habían estado ausentes de la asamblea de la Biblioteca. Surge el discurso radical de Proal, “nuestro viejo dinamitero”, como dice el diario *El Dictamen*.

Si algo caracteriza al proalismo es la combinación de la lucha por reivindicaciones inmediatas con un lenguaje potente, repleto de adjetivos, que linda con lo insurreccional: “Qué otra cosa son los burgueses, perros cochinos, unas víboras, unos alacranes, rabos pelones”, dirá el 3 de febrero.

Tratando de calmar el descontento, el gobierno local urge a los propietarios a que en un plazo de quince días mejoren las condiciones de salubridad de las viviendas en 25 patios. Los propietarios ignorarán la petición municipal.

El 4 de febrero, en asamblea masiva, se funda el Sindicato Revolucionario de Inquilinos, que preside otro sastre, —Miguel Salinas— y dirigen Óscar Robert como secretario general y Herón Proal como secretario del Interior, y los comunistas Mateo Luna, tesorero, Porfirio Sosa, Actas, y José

Olmos, secretario del Exterior. Se levanta la demanda de volver a las rentas de 1910 y comienza a sugerirse como forma de lucha la huelga de pagos.

Durante todo el mes de febrero, Proal y los comunistas, así como algunos militantes anarquistas de origen español que han llegado a Veracruz desde La Habana, se prodigan en mítines callejeros, manifestaciones minúsculas, agitación callejera. La demanda de dejar de pagar las rentas corre como un río de pólvora.

Proal se unirá en esos días con María Luisa Marín, una joven anarquista. Pierde en cambio los dos hijos que tiene con Herminia Cortés (aunque ella sigue participando en el movimiento y se dice que recorre las vecindades con una navaja en la liga de las medias): Víctor, que obtiene una beca en México y se marcha para nunca volver a ver a su padre y Lucina, luego de acusarlo de maltrato, se fugará del hogar a la edad de 14 años con un “anarquista peruano”.

El movimiento va creciendo. Ante las negativas individuales de pagar la renta, se producen desalojos. Y ante ellos la respuesta popular. La primera reacción colectiva ocurre en un barrio de prostitutas cuando la multitud vuelve a meter a la casa los muebles sacados. Para el 5 de marzo, la huelga de pagos se generaliza. La prensa destaca: “La noche del 6 de marzo de 1922, las prostitutas del puerto de Veracruz popularmente conocidas como ‘las horizontales de Guerrero’, amenazaron con quemar en la vía pública las sillas, las camas y los colchones sobre los que trabajaban, en señal de protesta por las elevadísimas rentas que debían pagar a los propietarios de los patios de vecindad que les alquilaban las pocilgas donde vivían. Alarmada la Policía corrió hasta la zona de fuego para impedir la quemazón”.

Proal toma en sus manos la conducción del movimiento, convierte su sastrería en las calles Landero y Coss No. 5 y medio, en cuartel general del Sindicato Revolucionario de Inquilinos (SRI), edita volantes con el eslogan: “Estoy en huelga, no pago renta”, que comienzan a aparecer en las puertas de las vecindades, y cuelga una enorme bandera roja, símbolo del Sindicato, en la puerta de su casa. Se van sumando patios al movimiento y para el 12 de marzo, hay 61 patios en huelga.

Se inician las manifestaciones masivas, bandera por delante. Al grito de: “¡Abajo los burgueses, mueran los explotadores del pueblo!” se sacude el puerto. Varios miles de inquilinos se organizan en una población que no llega a los 60 mil habitantes. Los huelguistas pueden llegar a 30 mil.

“Aquí hay que acabar con todo, y si el alcalde municipal se negó a hacerles justicia, no hagan caso: tómenla ustedes, echen muchas bombas, muchísimas bombas; que estalle la revolución social, que tiemble el mundo, que se desplomen los cielos, que se estremezca la humanidad”, dirá Herón el 27 de febrero.

Proal rinde testimonio de admiración a las prostitutas, “verdaderas heroínas por haber puesto la primera piedra de este edificio gigantesco que hemos levantado”.

El 12 de marzo, doce patios más se declaran en huelga de pagos y ese mismo día al anochecer se realiza una gran manifestación con un gran mitin donde Herón, Porfirio Sosa y la joven comunista Juana Ruiz calentaron a la multitud desde el balcón del Hotel Diligencias. La multitud con banderas rojas y repitiendo la consigna “Estoy en huelga y no pago renta” comenzó a recorrer las calles del centro de la ciudad.

Al llegar a la zona de tolerancia en la calle Guerrero, centenares de prostitutas se unieron a los manifestantes y Proal

produjo, inagotable, otro discurso: “Ustedes merecen un voto de confianza del comité de huelga y de todos los habitantes de Veracruz, porque fueron las primeras en decretar la huelga que hoy ha tomado proporciones gigantescas. Ustedes son realidad verdaderas heroínas, por haber puesto la primera piedra de este edificio gigantesco que hemos ahora levantado. Son las iniciadoras y por lo tanto merecen un estrechísimo abrazo de confraternidad. El sindicato rojo de inquilinos les abre sus brazos y les llama con todo cariño sus queridas hermanas”.

Parece que el término “hermanas” resultó demasiado fuerte para una parte de los congregados y produjo risas. Proal corrigió: “Sí, señores, y no se rían, estas pobres y despreciadas mujeres, no solamente son nuestras compañeras, sino que también son nuestras hermanas porque, analizando las cosas, resulta que ellas son de carne y hueso como nosotros, y no hay motivo de excluirlas de la hermandad, tanto más, que son carne de explotación de los burgueses”.

Los sindicatos de Veracruz formaron un segundo sindicato inquilinario, pero las presiones desde la base fuerzan que el 20 de marzo se unifique con el SRI. Ya no hay obstáculos para que la huelga se desarrolle hasta lograr la unanimidad en los sectores populares. El sindicato amplía sus armas y además de la huelga utiliza los contralanzamientos. Multitudes de inquilinos organizados toman la casa de la que ha sido lanzado uno por los policías, y vuelven a meter los muebles.

El *negro* García se encuentra desbordado. Por su izquierda, el movimiento inquilinario, del que ha perdido totalmente el control, por su derecha los dueños de los patios, que presionan fuertemente. A pesar de que la prensa califica a Herón como “un líder que antes había fracasado en todo”, es el indiscutible dirigente del último movimiento.

La patronal no es precisamente blanda, la encabezan los gachupines hermanos Cangas y José García Suero, junto a empresarios importantes como José Meléndez, dueño del Hotel Diligencias y varios cafés, el poeta Salvador Díaz Mirón y la familia Malpica, dueña del diario *El Dictamen*. Se cuenta que el propietario, Manuel García Suero, hermano de José, administrador del patio San Gabriel, le ofrece a Proal medio millón de pesos, una cantidad astronómica en esa época, para que abandone el movimiento y se vaya a Europa. Proal le responde que si tiene esa cantidad de dinero se la entregue al movimiento para que se hagan mejoras en las vecindades.

El 22 de marzo las autoridades ordenan la detención de Proal, acusándolo de haber injuriado al gobierno municipal y al federal. El día antes se había turnado una orden a la Policía para que impidiera manifestaciones en los barrios (donde pequeños grupos de inquilinos organizados recorrían las vecindades sumando a otros a la huelga) y el jefe de la policía montada, Zamudio, había disuelto un mitin del SRI en el parque Juárez.

Proal fue detenido a las nueve de la mañana por un par de policías. Corre la voz. Cuando llega al juzgado, tras él viene un millar de airados inquilinos, en su mayoría mujeres. El *negro* García se entrevista con Proal.

En la multitud que sigue creciendo se discute si hay que asaltar el cuartel; quince gendarmes a caballo toman posiciones. El alcalde llama en su auxilio a la infantería de marina. Los inquilinos van a pasar a la acción, el alcalde negocia: soltará a Proal si se disuelve la manifestación. Proal sale al balcón y dice que si en 20 minutos no llega al local del Sindicato, quedan libres para hacer lo que quieran, la manifestación no se disuelve.

Un inspector trata de llevarse al dirigente inquilinario, pero la multitud lo rescata. El Ejército y la Marina no han intervenido. La manifestación inquilinaria, con Herón al frente, llega en triunfo al parque Juárez.

Al día siguiente corre de nuevo la sangre cuando una mujer arroja una maceta a un inquilino que pretendía colgar una bandera roja y la multitud responde con un disparo que la mata.

En los últimos días de febrero, el alcalde le informa a Plutarco Elías Calles, secretario de Gobernación, que el 27 Proal se presentó espontáneamente diciendo que “de una manera absolutamente casual había dado muerte a uno de los dirigentes inquilinarios que se encontraba en el local”. Se trataba de Emiliano Herrera. García reconoce que la participación de Proal en “el incidente fue totalmente casual.” Las versiones sobre la muerte de Herrera son múltiples, desde que a Proal se le cayó una pistola cuando hablaba con él y murió a causa de un disparo accidental, hasta que le disparó a sangre fría durante una discusión sobre los fondos sindicales.

Herón permanecerá detenido acusado de “homicidio imprudencial”. Pero desde la cárcel donde está recluso, sigue dirigiendo el movimiento. La iniciativa ahora es comenzar a autoadministrar los patios, con el dinero de las rentas no pagadas comenzar a hacer mejoras, introducir agua y luz, poner inodoros, fogones.

El movimiento inquilinario goza de un amplio espacio de maniobra. Las pugnas entre varias de las corrientes políticas veracruzanas vinculadas al poder económico y político les ceden este espacio. El alcalde laborista del puerto tiene enfrente a los propietarios de los patios, a los industriales, al

diario *El Dictamen*, al jefe de la zona militar, el general Guadalupe Sánchez, acérrimo enemigo del movimiento popular, quien está enfrentado a su vez al gobernador Tejeda, quien a su vez apoya a García pero sin el lastre de los compromisos cromistas de éste; el gobierno federal tolera a los militares, etc.

En este espacio político, durante los meses de abril y mayo, proalistas y comunistas siguen impulsando el movimiento: manifestaciones de un millar de mujeres con banderas rojas que reinstalan e impiden el lanzamiento de un inquilino huelguista, mítines, movilizaciones contra las tarifas de la Compañía de Luz, intento de crear una colonia comunista en Pocitos y Rivera.

Proal dejará la cárcel. Hay una maravillosa foto, Proal recostado en el centro, rodeado de decenas de mujeres con blusas, faldas blancas y sombreros de paja. Debe estar tomada cuando tras las movilizaciones del Primero de Mayo, los miembros del SRI colocaron la primera piedra de la colonia en terrenos que les cedía el gobernador y “posteriormente empezaron a expropiar material de construcción para la futura edificación de la colonia; prepararon un proyecto de autosuficiencia basado en cultivo de arroz y frijoles, e hicieron las reglas de distribución, cada uno recibiría según sus necesidades, pero los perezosos serían expulsados de la colonia”.

El alcalde de Veracruz obstaculizó el proyecto argumentando que se trataba de un terreno privado y la Policía bloqueó los accesos impidiendo el ingreso de los invasores. El Sindicato decidió aplazar el proyecto hasta que se hubiera ganado la lucha inquilinaria.

A mediados de mayo, los militares comienzan a intervenir, al principio tímidamente. Dirigidos por el jefe de la guarnición, el coronel Aarón López Manzano, actúan en

algunos desahucios e impiden algún mitin. Su participación contra el movimiento no es frontal, pero detrás está el general Guadalupe Sánchez, preparando la intervención.

“Trabajadores que habitaban en patios de vecindad con San Salvador, La Isabelita en la calle Guerrero, La Veguita en la calle Progreso (...) se unieron a la lucha. A finales de mayo de 1922, treinta mil inquilinos de más de 100 patios de vecindad no pagaban renta”.

Moviéndose a la sombra del omnipresente Herón Proal, el “Lenin mexicano”, como comenzaban a llamarlo, sus aliados, los comunistas de la Local del Puerto, han crecido. El 1 ° de junio en una prensa, propiedad del Sindicato, sale a la luz *El Frente Único*, órgano de la Local, dirigido por Manuel Almanza, que durante un año saldrá a la calle diariamente, compitiendo con la gran prensa del puerto y con los periodicuchos financiados por los casatenientes.

El *Frente Único* acompaña la abundante información inquilinaria con cuentos, narraciones, canciones y denuncias, así como pequeñas secciones permanentes, de las que la titulada “Lo que los trabajadores han aprendido con la huelga de inquilinos”, es la más significativa.

“1. Que la derrota es imposible cuando el proletariado se organiza, sabe lo que quiere y sabe adónde va.

2. Que los vividores del obrerismo en el poder son sus peores enemigos.

3. Que los legisladores no sirven para nada.

4. Que la burguesía no es tan dura de pelos como dicen, cuando el pueblo en masa se propone arrancarle una concesión.

5. Que el sistema burgués capitalista será barrido fácilmente por la acción conjunta del proletariado.

6. Que en tres meses que no han pagado renta han tenido más pan en sus hogares.”

Paralelamente al nacimiento de *El Frente Único*, nace la Juventud Comunista de Veracruz. Sus miembros son todos jóvenes que han intervenido activamente en el movimiento inquilinario: Arturo Bolio, Celestino Dehesa, Guillermo Cabal, Sóstenes Blanco, Lucio Marín, Guillermo Lira, Gabriel Domínguez, Rodolfo Mercado. Su actividad, además de las usuales entre la militancia inquilinaria, se extiende a la promoción de la cultura popular con obras de teatro político, al estudio del marxismo, y a la distribución del periódico.

En el puerto, durante el movimiento inquilinario, existían dos federaciones sindicales, la cromista (dirigida por el alcalde) y la Cámara del Trabajo (CGT), encabezada por José Fernández Oca. Ambas en conflicto con el proalismo, la primera desde el inicio del movimiento y la segunda a partir de mayo, cuando Proal asaltó el local de la Cámara del Trabajo y trató de linchar a Fernández Oca, quien lo expulsó acusándolo de ser un títere de los comunistas.

La Local de Veracruz vive el momento más brillante desde su nacimiento. Comparte la dirección del movimiento inquilinario, tiene un diario, acaba de ganar para su causa a los mejores militantes jóvenes del puerto. El movimiento inquilinario jarocho lleva tres meses de vida.

Aunque la chispa inquilinaria se produjo en el puerto de Veracruz, y las acciones más brillantes se dieron en el DF, el movimiento inquilinario no se vio restringido a esas dos ciudades. Entre marzo y junio de 1922, surgieron multitud de sindicatos inquilinarios en todo el país (Guadalajara, Puebla, San Luis, y Ciudad Juárez, etc.), que utilizaron la huelga de pagos como arma de lucha.

La Unión de Propietarios que ha manejado desde el principio la política de los grandes casatenientes en el conflicto, se mantiene irreductible, pero en junio, cerca de un centenar de pequeños propietarios aceptan las condiciones del SRI respecto al pago del 2% anual del valor de la casa.

Otro elemento que invitó a los militares a encontrar una salida represiva contra el movimiento inquilinario jarocho fue la intervención solidaria de los sindicatos en la huelga general de junio en el puerto. Las dos centrales, CROM y CGT secundaron el movimiento de los trabajadores de Progreso en Yucatán, pero la CGT radicalizó la lucha e impulsó demandas propias, propiciando un acercamiento con el SRI, del que se había aislado en mayo tras el choque de Proal con Fernández Oca.

Sintomáticamente, el pretexto para el enfrentamiento entre inquilinos y militares se va a producir el 30 de junio, el mismo día en que el gobernador Tejeda envía al congreso veracruzano una ley inquilinaria para su debate.

Ese día, Olmos, miembro de la Local Comunista, apoyado por un “manifiesto que firman 30 miembros del SRI”, rompe con Herón Proal, al que acusa de malversación de los fondos sindicales. Olmos y los 30 disidentes, apelan al comunismo para hacer su denuncia: “El comunismo, he ahí el ideal noble y sublime a que aspira el proletariado mundial, y precisamente por la nobleza del ideal debemos ser celosos vigilantes de los hombres que predicán a las multitudes la buena nueva de esa aspiración”.

La Local Comunista del puerto, en una nota firmada por su secretario general, Miguel Salinas, el secretario del Exterior y director del *Frente Único*, Manuel Almanza, el secretario del Interior Mateo Luna, el de Actas, Porfirio Sosa, y el de Finanzas J. Ruiz, desautorizó a Olmos, y mantuvo su

apoyo a Herón Proal. (*El Dictamen*, 5 de julio de 1922.) Nuevamente una información de Mario Gill: (“El grupo encabezado por Olmos y secundado por la Local Comunista continuaba su campaña contra Proal exigiéndole cuentas; ha inducido a error a García Mundo, Heather Fowler y otros, que han tenido que hacer maromas ideológicas para explicar por qué, si la Local rompió con Proal en julio, ‘reanudó’ sus relaciones casi inmediatamente y las conservó hasta 1923. La Local, como puede verse y como atestigua su periódico y prueban acontecimientos posteriores, rompió con el comunista Olmos, no con el anarquista Proal”).

Mientras tanto, dos batallones con 520 hombres llegaron de Chiapas a Veracruz enviados por la Secretaría de Guerra.

VI. La masacre

La sensación de que la tragedia estaba a la vuelta de la esquina recorría la ciudad. La tensión dominaba a la base del movimiento inquilinario. Desde el primero de julio se habían producido choques con la Policía, cuando trataron de desalojar a la comisión de Vigilancia y Protección de Proal, que dormían en la banqueta frente a su casa, y el día 5 de julio la calle de Landero y Coss estaba llena de inquilinos que a gritos pedían aclaraciones sobre la traición de Olmos porque la dirección del SRI lo había acusado junto con Aubry (otro ex miembro de *Antorcha Libertaria*), Consuegra y José F. Ortiz, de haberse vendido al oro de los propietarios. Se celebró un mitin en el parque Juárez y grupos de manifestantes vieron a Olmos cuando se estaba refugiando en casa de una hermana y trataron de detenerlo. Chocaron con un grupo

de gendarmes que trataron de proteger al tráfugo, quien pistola en mano, trataba de defenderse. Sólo la intervención de los militares salvó a Olmos del linchamiento.

Con el pretexto de este incidente el Ejército avanzó sobre el mitin y fue recibido a gritos. La tropa, comandada por el siniestro coronel López Manzano, se desplegó a media cuadra del parque. Muchos inquilinos se enfrentaron con los soldados y se produjeron forcejeos. Las banderas rojas ondeaban ante la cara de los militares, que comenzaron a repartir culatazos.

El primer disparo partió de los soldados y fue a herir a un ambulante de la Cruz Roja que se encontraba recogiendo a un herido. El coronel López Manzano se introdujo entre los participantes del mitin, seguido por una columna de soldados “a paso de carga y levantando los rifles con cartucho cortado”. Los inquilinos resistieron la primera presión. Nuevos culatazos. Surgen algunos cuchillos en manos de los manifestantes y el teniente Valtierra es apuñalado.

Los dirigentes del Sindicato organizan la retirada, una manifestación desfila por la parte sur de la calle Madero. Frente al local del sindicato, Proal interviene dando orden de que la manifestación se disuelva para evitar nuevos choques con los militares y que cada cual se retire a su casa. En la calle Landero y Coss queda un nutrido grupo de mujeres y en el interior de la sastrería un pequeño grupo de militantes.

El saldo del primer enfrentamiento es de varios heridos de bala y golpes, y el militar apuñalado, que muere horas más tarde.

Pero no habían de terminar ahí las cosas. Sobre el puerto de Veracruz se desata un tremendo aguacero, la guardia proalista trata de meterse al local del Sindicato. Imposible,

sólo caben apretujadas unas sesenta personas. Los que no pueden ingresar se cobijan bajo balcones en la calle de Landero y Coss.

A la una de la madrugada, y armados con una orden de detención contra Herón Proal, dictada por el juez MacGregor, los militares salen del cuartel Morelos. También la gendarmería municipal, dirigida por Zamudio y Plata, toma las calles; la muerte del teniente Valtierra ha excitado los ánimos.

Los soldados llegan disparando por la calle de Vicario, sobre las personas que se encontraban guarecidas en un zaguán. Caen los primeros muertos del Sindicato inquilinario. La mayoría son mujeres, algunas adolescentes. La soldadesca enloquece. Se atraviesa con la bayoneta a mujeres y hombres desarmados, se dispara a boca de jarro contra los que huyen.

Las oficinas del Sindicato son cercadas, los máusers disparan descargas hacia el interior del pequeño local de dos piezas. “En la primera, Herón Proal se tiró pecho a tierra, y en su derredor hicieron lo mismo las mujeres y los niños que lo protegían.” Más heridos. Los soldados golpean violentamente las puertas y ventanas. Ni un solo disparo ha surgido del interior. Porfirio Sosa, miembro de la Local Comunista, trata de pactar con el mayor Eulogio Hernández, para garantizar la vida de Proal. No se llega a nada, los soldados irrumpen en la sastrería. Golpes y detenciones.

Hay cerca de 150 hombres y mujeres arrestados, que son conducidos al cuartel Morelos, muchos de ellos heridos. Allí han de ser golpeados nuevamente, varios torturados por las fuerzas del coronel Manzano. Entre los detenidos, los comunistas Sosa, Mercado y Luna, además de Proal y el anarquista Palacios.

El Ejército recorre las calles en la noche arrancando las banderas rojas. La prensa del puerto al día siguiente no habla de los sindicalistas muertos, tan sólo del difunto teniente y de cinco gendarmes que han sido heridos.

Tras esta historia, tan trágicamente reiterada en México, la búsqueda de la verdad. Si los inquilinos abrieron fuego sobre soldados y gendarmes, y de cuántos fueron los caídos de la matanza del 5 de julio, fue el centro de un enconado debate entre la prensa obrera y la prensa reaccionaria veracruzana durante 1922 y 1923.

Los hechos comprobables son que hubo dos soldados muertos y cuatro policías heridos, que lo fueron por puñaladas y contusiones y que en el registro del local sindical sólo aparecieron dos cartuchos de pistola sin usar. El testimonio de Sosa dice que el anarquista Elías Palacios estaba armado, pero que le impidieron que disparara para evitar una masacre.

Respecto a los huelguistas, la prensa en días posteriores habló de 20 muertos y el Sindicato Inquilinario, de 150. La indagación del SRI, avalada por testimonios firmados, recoge más de 70 casos de asesinatos, la mayoría de ellos de mujeres, con heridas en sus cuerpos de bayoneta o con tiros de máuser. En días posteriores aparecerían en Veracruz cadáveres “ahogados”, “atropellados por el tren” y “muertos por congestión alcohólica”, en cuyos cuerpos estaban las perforaciones de las bayonetas y de las balas.

Al amanecer del 6 de julio, parecería que el sindicalismo inquilinario de Veracruz había sido barrido por las balas de los 200 soldados y gendarmes del coronel Manzano y del jefe de Policía, Zamudio.

Donde la historia debía terminar, recomenzó. En Veracruz “el Comité Ejecutivo del Sindicato, lejos de perder el

tiempo en lamentaciones inútiles, trabajaba sin tregua ni descanso: el día 6 de julio se instalaba en su oficina provisional y el día 7 celebraba un mitin en la casa de Carlos Palacios, con la asistencia de no menos de 4 mil personas”.

La reacción a la matanza y a la oleada de detenciones había sido organizada por la Dirección de Relevo del movimiento inquilinario del puerto, integrada prácticamente por la Local Comunista de Veracruz, que no había sufrido muchas bajas en la represión. De los 90 detenidos que se encontraban en la Cárcel de Allende, no había más que media docena de comunistas (Sosa y Mercado entre ellos).

Se hacen cargo de la dirección del movimiento el director de *El Frente Único* (Manuel Almanza) y otros miembros de la Local comunista (Úrsulo Galván, Barrios, Salinas y los jóvenes Lira, Blanco, Bolio, Dehesa) junto al diputado local veracruzano, Carlos Palacio, y la compañera de Proal, una joven que era descrita como “mestiza de una veintena de años con largas trenzas negras, de tamaño mediano y una mirada algo traviesa pero firme”, sin duda anarquista y llamada María Luisa Marín.

El Dictamen y la prensa financiada por los casatenientes atacaron duramente al movimiento y, en particular, a Palacios. El ataque se combinó con un intento de los cromistas, apoyados por el alcalde, para hacerse con la dirección de la lucha. Gracias a la intervención de la Federación Local de la CGT esto pudo impedirse. La Liga Marítima (CROM, punto de apoyo del alcalde García) dio “una limosna de paro” y trató de meterse a la Dirección. En cambio, la Federación Local de la CGT apoyó económicamente al movimiento, declaró que respetaba su autonomía y se sumó solidariamente a las movilizaciones.

La Policía y los militares recorrieron los patios quitando las banderas rojinegras que quedaban. La ciudad era patrullada por el Ejército y se prohibieron las manifestaciones.

Proal, en la cárcel, fue acusado junto con sus compañeros, de los delitos de “sedición, tumultos, homicidio, agresión al Ejército e insultos al gobierno federal”.

Una cuarta tendencia trató de hacerse también con la Dirección, la dirigida por el tráfuga del PC, José Olmos, quien hizo público un manifiesto acusando a Herón Proal de fraude.

La Local Comunista atacó a Olmos en *El Frente Único* y defendió a los presos. Esto la consagró como Dirección real del movimiento. El día 8, a pesar de la prohibición de manifestaciones, con Palacios a la cabeza y con sus banderas rojas, con esa tremenda terquedad que los movimientos sociales despliegan, los inquilinos llegaron frente a la cárcel de Veracruz a realizar un nuevo mitin, donde se insultó al Ejército.

La posibilidad de una segunda represión más violenta aún, utilizando al Ejército y con el amparo que los cromistas y Olmos le daban, estaba en pie, pero el gobierno estatal envió una comisión mediadora que se entrevistó con los dirigentes inquilinarios rojos, y esto dio cierto respiro a la lucha.

Por la ciudad corría el rumor de que un tribunal secreto del SRI había condenado a muerte al coronel Manzano y a todos los oficiales que habían participado en la matanza, incluso se decía que la comisión secreta había sido bautizada “comisión de supresión”.

VII. Reorganización

Para mediados del mes, la situación tendía a estabilizarse, y la dirección del SRI invitó a que se reorganizaran los comités

de Patio y Vecindad, y que se enviaran representaciones al Comité Central. La huelga de pagos se mantenía.

Una muy activa María Luisa Marín creó la Federación de Mujeres Libertarias, como una extensión del Sindicato de inquilinos, y organizó el paro de venta de carne en el mercado Fabela durante la huelga.

El día 15 de julio el PC trató de ampliar el movimiento inquilinario, y el *Frente Único* abrió una extraña lista. Los comunistas volvían sobre una de las obsesiones del viejo grupo *Antorcha Libertaria*, la organización de las sirvientas. La lista era para que las trabajadoras domésticas del puerto se inscribieran:

“Los criados y criadas de las casas burguesas y semiburguesas dan servicio por un jornal que es una burla, y no conformes con eso cada día los patrones rebajan los sueldos”.

Tampoco Proal permanecía inactivo en la cárcel. En una de esas acciones, que sorprende hasta a sus más fieles biógrafos, a más de mandar mensajes de ánimo a sus huestes, el día 1° de agosto fundó en la galería No. 1 de la cárcel de Allende, el Sindicato Revolucionario de Presos de Veracruz. Los reclusos organizados pintaron una bandera rojinegra y su primera asamblea fue disuelta a tiros al aire por los soldados de la guarnición.

La ciudad seguía conmovida, durante los primeros días de agosto corrieron rumores de que Herón Proal había sido asesinado en el interior de la prisión, que se disiparon a fines de la semana.

La Dirección sindical mientras tanto, había reanudado la vieja práctica de realizar tres mítines por semana. Para el 13 de agosto el movimiento se había reanimado lo suficiente, y la manifestación que partió del Parque Juárez avanzó sin

permiso del Ayuntamiento hacia la Cárcel de Allende. No estaba muy claro si sólo iban a hacer un mitin enfrente o si pretendían asaltarla para liberar a los presos. El caso es que los soldados cortaron cartucho en las azoteas y dispararon al aire. Durante toda la tarde y parte de la noche grupos, de inquilinos recorrieron el puerto haciendo mítines y pequeñas hogueras en las esquinas.

Con su doble cabeza, en la cárcel y en las oficinas de *El Frente Único*, que sorprendentemente conservaba su periodicidad diaria, el movimiento tendió a estabilizarse, aunque sin la pujanza de los primeros meses.

En septiembre de 1922 se celebró una convención de sindicatos inquilinarios del estado, donde la principal conclusión impulsada por los comunistas de Veracruz, Jalapa, Orizaba y Córdoba, unidos al proalismo, fue que los sindicatos de inquilinos deberían ser autónomos respecto a las organizaciones obreras (léase la CGT); que los sindicatos obreros deberían promover la sindicación de sus miembros en las organizaciones inquilinarias, y que los sindicatos inquilinarios deberían promover que los obreros en sus filas se organizaran dentro de los sindicatos.

Esta especie de pacto de no intromisión y colaboración pretendía consolidar el baluarte comunista en el movimiento inquilinario en todo el estado y ceder a la CGT la organización sindical.

En la prisión, mientras tanto, un informe decía que a los 557 presos de la Cárcel de Allende les tocaba cada tres días 54 gramos de carne, 20 gramos de arroz, 50 gramos de frijol, 7 gramos de café y 26 gramos de pan. Surgió un fuerte movimiento para mejorar la calidad de la alimentación de los

detenidos, protagonizado por el Sindicato Revolucionario de Presos, que organizó el 18 de septiembre el primer baile rojo en una institución carcelaria mexicana:

Autorizados por el regidor del Ayuntamiento y la Policía, inquilinos e inquilinas detenidos quitaron en una galería las banderas nacionales y colgaron las rojinegras. Entre vivas a Rusia, Lenin, Trotsky y los soviets y al sindicato rojo, con orquesta y bebidas, el baile tuvo feliz fin, aunque fue violentamente criticado por la prensa del puerto.

En octubre, a ritmo de tres mítines diarios, el movimiento se sostenía.

Menos de dos semanas después del zafarrancho, la legislatura veracruzana había aprobado una ley inquilinaria que fijaba las rentas en el 6% de valor catastral, y si no lo hubiese, en la renta de 1910 más el 10%. Se concedía una moratoria de 4 meses a los inquilinos para pagar los adeudos y se fijaba la fianza de dos meses de renta a depositarse en la receptoría de rentas, con un plazo de dos años para conservar las rentas en ese nivel.

A pesar de su inicial aprobación (incluso fue publicada por el Diario Oficial del estado), la ley, expedida por el suplente de Tejeda, Casarín, fue objeto de nuevos debates en el Congreso, que se prolongaron durante todo 1922, y su ejecución bloqueada en Veracruz por los amparos de los propietarios y por la huelga de inquilinos rojos. A fin de año el tema seguiría debatiéndose, ahora ante un proyecto presentado por el propio Tejeda.

Para animar el debate, *El Frente Único* anunció el estreno de un nuevo danzón, “El inquilino”, cuya letra y partitura se vendía en la Imprenta Mercantil.

La represión no había destruido la lucha inquilinaria jarocho. A diferencia de lo sucedido en el DF, el movimiento inquilinario del puerto, aunque con un ritmo más bajo que el de su etapa de arranque, se sostenía y permitía un punto de partida para nuevas acciones.

Así como en Veracruz había nacido el movimiento inquilinario, así como en Veracruz se había producido una aproximación efímera a la posibilidad del Frente Único, así en Veracruz debía gestarse la experiencia más consistente de trabajo campesino que iban a desarrollar los comunistas en estos años.

VIII. Agraristas

A principios de 1923, la Dirección del Sindicato Revolucionario de Inquilinos (la parte que se encontraba fuera de la cárcel) y que estaba dominada por la Local Comunista de Veracruz, discutió una propuesta de Manuel Almanza para iniciar un trabajo de organización agraria en el centro del estado. La idea era vieja en las cabezas de los dirigentes de la Local. Tanto Almanza como Úrsulo Galván habían discutido el potencial revolucionario de los campesinos, y habían tenido varias experiencias en organización de grupos agrarios; además, cercanos al sindicato se encontraban militantes de origen campesino que habían promovido Sindicatos rojos en el centro del estado en los últimos años.

La Local decidió iniciar giras de agitación y organización con fondos del SI y Úrsulo Galván se ofreció como voluntario. El plan establecía una escalada: entablar relaciones con comités ya existentes, crear nuevos, celebrar reuniones públicas, incorporar campesinos a la comisión.

No hay huellas en *El Frente Único* que permitan suponer que los comunistas del puerto de Veracruz conocían la experiencia de la Juventud Comunista y el trabajo de Primo Tapia en la construcción de la Liga de Sindicatos y Comunidades Agrarias de Michoacán. Sí conocían, en cambio, todo el trabajo que había realizado la CGT veracruzana dirigida por Fernández Oca, formando sindicatos rojos de campesinos pobres, o las acciones de la CROM en las cercanías de Orizaba y Jalapa, creando sindicatos campesinos afiliados a las organizaciones obreras.

Con estos antecedentes, tras algunas giras breves realizadas a lo largo del mes de enero de 1923 por las inmediaciones del puerto, la comisión dirigida por Úrsulo Galván y formada por Sóstenes Blanco, vendedor de verduras en los mercados de Veracruz, el santanderino tipógrafo de *El Frente Único* Guillermo Cabal ("el duende") y tres mujeres miembros del Sindicato, Aurelia y las cantantes Luisa y Carmen, dejó la ciudad el día 3 de febrero de 1923. Si hemos de hacer caso a un posterior testimonio de Almanza, llevaban consigo el estilo del movimiento inquilinario: banderas rojas, canciones revolucionarias y mítines esquineros. Pero Galván llevaba algo más, un profundo conocimiento del terreno y una buena red de relaciones.

La primera parada se produjo en Salmoral, donde se encuentran con José Cardel, que había estado haciendo trabajo de organización agraria en la región, y Fernández Oca.

Las fuentes disponibles no aclaran si la reunión había sido prefijada o fue una iniciativa de los presentes, pero el caso es que cobró la forma de un pequeño congreso de grupos agraristas, en el que dominaban los sindicatos que había organizado la CGT.

En la Villa de Soledad se celebró el encuentro al que asistieron “un considerable número de campesinos”: Ahí chocaron dos posiciones, la anarcosindicalista, partidaria de la acción directa, la propaganda revolucionaria y la creación de sindicatos; y la de Galván, a la que Almanza describe como “agrariolegalista”, que estaba por la organización de comités agrarios, el uso de la legalidad (amparándose en el artículo 27 de la constitución) y la lucha por la dotación de tierras y parcelas, repartiendo los latifundios.

Según Almanza, la mayoría abrumadora de los reunidos se hizo eco de las proposiciones de Galván, y desertó de los grupos anarcosindicalistas. Investigaciones posteriores establecen que los sindicatos rojos no rompieron con la CGT y persistieron en la mayoría de congregaciones alejadas de la cabecera municipal. Lo que es indudable es que Galván ganó para su posición a varios agraristas destacados como Marcos Licon, Antonio Carlón, José Cardel y Áureo Hernández, que habían hecho sus primeras armas en el anarquismo.

También resulta evidente que la ruptura con los anarcosindicalistas no se produjo, puesto que siguieron colaborando en el campo, y en esa misma gira, Antonio Balleza, uno de los hombres fuertes de la CGT de Veracruz, los acompañó hasta el final. Para esto, Marcos Licon se había unido al grupo y lo guiaba. Encontrando a otros organizadores agrarios como Antonio Carlón, que los recibió con *La Internacional* cantada por un coro campesino, o Cardel, que había llegado con anticipación para preparar una recepción, la comisión recorrió Rinconada, Carrizal, Plan del Río, Chicoasén, Malilla, Palo Gacho, El Aguaje, Santa María Tetetla, Mata de Loba, La Ternera, Acazónica, Chichicaxtle y Tlacontepec de Mejía. En

ese punto, los comisionados fueron detenidos por soldados del Batallón. Sólo Blanco pudo escapar.

Encerrados en el pueblo natal de Galván, los comisionados siguieron cantando *Hijos del pueblo*, ahora a los soldados, mientras esperaban que las autoridades superiores definieran su destino. La gira había encontrado eco en los campesinos del centro del estado, pero a los organizadores del Sindicato inquilinario les parecía evidente que sólo estaban comenzando, hacía falta un arduo trabajo para llegar a construir una organización amplia; eso, o una coyuntura excepcional.

El inicio de esa coyuntura se produjo cuando, bajo presión del gobernador Adalberto Tejeda, las autoridades militares soltaron a los detenidos. Galván regresó a Veracruz a informar a la Local Comunista. Sus acciones no habían sido muy ortodoxas, los acuerdos sobre el problema agrario en el I Congreso del PC (diciembre de 1921) eran mucho más cercanos a la línea propuesta por los anarcosindicalistas que a las proposiciones de Úrsulo Galván. El partido formalmente se había declarado en contra del reparto agrario, al que calificaba de “castrador del espíritu rebelde de la gente del campo”, y se pronunciaba por la educación de los campesinos para refrescar las tendencias en favor de “la toma de la tierra y su labor en común”. En el terreno organizativo estaba por la formación de “sindicatos de resistencia” que prefiguraran a los futuros soviets. Sin embargo, la Local de Veracruz, que se encontraba frenada en el movimiento inquilinario, no desautorizó a su representante. Y cuando un telegrama del gobernador Adalberto Tejeda llegó, convocándolo a una reunión en Jalapa, lo autorizó a seguir adelante.

Tejeda, en combate contra el partido Cooperatista que se apoyaba en los latifundistas, valoró la importancia del traba-

jo de Galván. Para esos momentos existían en el país Ligas de Comunidades Agrarias en Puebla, Michoacán y el Estado de México, la mayoría de ellas manejadas por los gobernadores estatales, o eran importantes instrumentos de una política progresista del caudillo local al estilo de la que Múgica había desarrollado el año anterior en Michoacán. Tejeda, que para ejercer el poder a escala estatal se apoyaba en una alianza múltiple, que incluía a los sindicatos de la CROM, el Partido Veracruzano del Trabajo y el PLC, invitó a Galván a seguir adelante y le ofreció el apoyo gubernamental para realizar un congreso a mediados de marzo en la capital del estado, donde se constituyera la Liga de Comunidades Agrarias. Tejeda buscaría la solidaridad con el proyecto de los sindicatos campesinos cromistas y de los representantes estatales de la Comisión Nacional Agraria. Galván trataría de incorporar al proyecto en las comunidades que acababa de visitar en la gira relámpago.

De la reunión surgía mucho más que un acuerdo pasajero. Tejeda estaba dispuesto a aliarse con los comunistas si fortalecía su base social contra las fuerzas reaccionarias de Veracruz, a las que veía como su enemigo principal. Es indudable que el Comité Nacional del Partido Comunista en el DF permaneció al margen de estas acciones de la Local.

El congreso fue fijado para el 18 de marzo en Jalapa, y Galván se lanzó nuevamente al campo para reunir a sus contactos y proponerles la realización del congreso unitario. Entre la reunión con Tejeda y el congreso, se produjo el tiroteo de Puente Nacional.

Allí las guardias blancas de los latifundistas apoyadas por el general Guadalupe Sánchez que las había armado, tirotearon a agraristas y a fuerzas de la guardia civil estatal,

causando 7 muertos y 13 heridos. El choque que enfrentaba bajo cuerda al gobernador con las fuerzas militares de la región puso en estado de alarma a todo el estado de Veracruz y forzó la intervención de Álvaro Obregón, quien tomó partido por los militares, decidiendo que se desarmase a la guardia civil estatal. La presión de los militares apoyados por el centro, obligó a Tejeda a retroceder.

En este marco, cuando se inauguró el congreso de las comunidades agrarias en Jalapa, Tejeda lo veía como una nueva baza a jugar en su enfrentamiento contra los latifundistas y los militares, a los que apoyaba el poder central. El gobierno estatal proporcionó tres pesos diarios por delegado como una subvención económica y el sindicato de inquilinos de la ciudad, donde tenía influencia la Local Comunista, aportó alojamiento a los 128 delegados que respondieron a la convocatoria (representando unos 100 comités agrarios).

Estaban presentes sólo los grupos clave del estado: algunos de los sindicatos anarquistas (la minoría), sindicatos de la zona de la Huasteca, los comités agrarios del centro del estado, comités del norte, originalmente formados por la CROM y más tarde abandonados a su suerte, y miembros de la Federación de Sindicatos de Obreros y Campesinos de Córdoba (también cromista). A su lado, la Comisión Agraria Local y el procurador de Pueblos, en representación del gobierno.

Los candidatos a la Dirección de la Liga de Comunidades Agrarias del Estado de Veracruz (LCAEV) fueron, además del propio Galván (sorprendente si se toma en cuenta que su labor de agrarista tenía a lo más, tres meses de antigüedad), José Cardel, quien parecía tener un apoyo ligeramente mayoritario, Trinidad Valdés, cromista de la fábrica del Dique, de Jalapa, y Lauro González Arete, de Misantla.

Parece ser que la influencia de Tejeda volcó la votación hacia Galván, quien así resultó electo presidente, con José Cardel como secretario, Antonio Carlón como segundo secretario, e Isauro Acosta como tesorero. El congreso aprobó un acta constitutiva muy moderada y dentro del más estrecho espíritu de legalidad: “mejoría y defensa de los centros de población”, “acción solidaria contra atropellos”, busca del reparto de tierras de los latifundios, cooperativismo, racionalización de la agricultura.

El programa podría ser moderado, pero el equipo dirigente de la Liga formado por Galván-Cardel-Carlón no lo era. Tres militantes combativos y buenos organizadores agrarios, que no se tocarían el corazón para sacar las pistolas en defensa de los campesinos. Junto con ellos, se contaba con un pequeño grupo de militantes del PC y de la Juventud Comunista del puerto, encabezados por Almanza, —ideólogo tras bastidores de toda la operación—, y con algunos cuadros campesinos de origen anarquista como Áureo Hernández. La duda se establecía en términos de quién había usado a quién: Tejeda a Galván, o Galván a Tejeda. ¿O ambos habían usado a los campesinos veracruzanos?

Al final del congreso Úrsulo Galván regresó a Veracruz y mantuvo una larga discusión con su eterno consejero, Manuel Almanza. Éste le dijo: “La Liga de Comunidades Agrarias nació estrechamente vinculada al poder público y por lo tanto será lo que ese poder quiera que sea.” Mucho había que hacer para rescatar de manos del poder la recién nacida estructura.

Cardel, mientras tanto, se había hecho cargo de montar las oficinas centrales de la LCAEV en Jalapa. En el número cuatro de la calle de Allende, hacía de secretario, meca-

nógrafo, mandadero, limpiaba, cortaba leña y atendía a los solicitantes. En plena miseria, cuando lo invitaban a un trago, pedía que le dieran mejor el dinero para darle de comer a sus hijos. La subvención se había terminado con el Congreso. El movimiento estaba librado a sus fuerzas.

IX. Ley inquilinaria

Al iniciarse 1923, la cámara de diputados de Veracruz desbloqueó la iniciativa de Tejeda para ofrecer a los jarochos una nueva ley inquilinaria. La ley, que se promulgó el 2 de mayo de 1923, representaba una afirmación de la anterior que había operado. Se fijaba el 6% anual sobre el valor catastral como renta, en caso de que no estuviera fijado tal valor se regresaba a las rentas de 1910, se abolía la fianza, se impedía el desalojo en caso de enfermedad o desempleo del inquilino y se obligaba a los casatenientes a mantener las viviendas higiénicas.

Sin duda representaba un gran triunfo del movimiento. El Sindicato Inquilinario condicionó su respuesta a la nueva ley a la liberación de los presos y a la entrega de su local sindical, a más de la restitución de las garantías suspendidas.

Tejeda respondió con una amnistía que permitió que los inquilinos detenidos, encabezados por Herón Proal, abandonaran la cárcel el 11 de mayo de 1923. Tocado con un gorro rojo, Proal recorrió las calles del puerto seguido por millares de correligionarios.

Comenzaron entonces los arreglos particulares entre inquilinos y propietarios y la huelga de pagos lentamente comenzó a levantarse. Proal declaró: "El sindicato quiere tratar de potencia a potencia con los propietarios, lo que significa arreglos directos entre el capital y los explotados."

La salida de Proal de la cárcel y su regreso a la Dirección del Sindicato Inquilinario cambiaron las relaciones entre el dirigente anarcocomunista y la Local Comunista. Mientras Proal estuvo en la cárcel, ambos se necesitaron, ahora podían brotar libremente las discrepancias.

Uno de los primeros elementos que provocaron el choque fue el desacuerdo de Proal con las giras agraristas que Galván había realizado el año anterior con fondos del SI, y sobre todo con su resultado, la muy “legalista” Liga de Comunidades Agrarias. El segundo elemento que hizo que los comunistas se enfrentaran con Proal fue el control de *El Frente Único*. Aunque aparecía como órgano de la Local Comunista de Veracruz, el diario se realizaba en la imprenta del Sindicato Revolucionario de Inquilinos y con fondos suyos. La prensa registró de esta manera el choque:

“Herón Proal intenta separar a los jóvenes comunistas de la redacción del diario *El Frente Único*, por su parte los jóvenes comunistas habían distribuido un manifiesto protestando contra la actitud de Proal, llamándolo dictador. Dicen que manejó el Sindicato de Inquilinos y el dinero de dicha organización sin rendir cuentas ni aceptar instrucciones y que trata de volver a hacer lo mismo.”

“Los comunistas se han dirigido al Sindicato (...) pidiendo que sean ellos quienes designen la nueva comisión ejecutiva del Sindicato de Inquilinos y los miembros de la redacción de *El Frente Único*”.

Era tarde para recordar las mismas acusaciones que Olmos había hecho un año antes y que la Local había desechado, apoyando a Proal. Mientras la situación se definía, los comunistas perdieron el control de la imprenta y *El Frente Único* dejó de salir a fines de mayo de 1923.

Algunos miembros de la local trataron de conversar con Proal, y pareció que la situación tendría una salida negociada. A mediados de junio se anunció que *El Frente Único* volvería a salir como órgano común de los jóvenes comunistas y el SI.

Pero el 6 de julio apareció *Guillotina*, órgano del Sindicato Revolucionario de Inquilinos, el diario que había de sustituir a *El Frente Único*. Los comunistas quedaban desplazados de la gestión del nuevo periódico que dirigía Mario Duval. Sin embargo, las puertas de la colaboración no estaban totalmente cerradas, los proalistas le ofrecían a la Local un espacio dentro del diario: “Este periódico substituye al anterior que publicábamos y ponemos sus columnas a disposición de *todas* las filosofías libertarias”.

De tener un diario propio, la Local pasaba a compartir un espacio con proalistas y anarquistas, que tímidamente comenzaron a colaborar en el periódico inquilinario. Pronto los miembros de la Local se deslindaron del proyecto, y a partir del No. 29, cuando comenzó a salir un serial libertario y anti-soviético en la primera página, rompieron totalmente con él, aunque permanecieron formalmente dentro del SI.

A mediados de mayo de 1923 el gobernador del estado, Adalberto Tejeda, envió una comisión para investigar la situación de los inquilinos, que visitó los patios en compañía de dirigentes del SRI.

El Sindicato Inquilinario se mantuvo organizado, y en agosto lanzó una fuerte ofensiva contra los propietarios más reacios. Durante una semana se sucedieron las ocupaciones de casas vacías para habitarlas, los choques con la montada, las manifestaciones con la bandera roja al frente y los enfrentamientos a tiros.

Enrique Flores Magón, volviendo del exilio, llegó a Veracruz, donde Proal le entregó la dirección de *Guillotina*, el periódico inquilinario que digirió desde el número 14 al 42. *Guillotina* intentaba lo imposible combinar los viejos textos de Ricardo Flores Magón con lemas de Marx en el cabezal. Publicaba los artículos de Proal bajo el seudónimo *Arnolphe*, junto con textos anarquistas contra la Unión Soviética. Pero el proyecto magonista renacido no duró mucho, y Enrique terminó afiliándose a la CGT.

X. Rebelión delahuertista

La sucesión presidencial de 1924 provocó el último gran enfrentamiento militar de la Revolución Mexicana. Mientras Obregón trataba de imponer la candidatura de Plutarco Elías Calles, varios militares se agruparon en torno al ex presidente Adolfo de la Huerta y se levantaron en armas. A escala regional, los militares alzados hacia la mitad de diciembre de 1923, no sólo combatieron al gobierno de Obregón, sino que se aliaron con los caciques y las oligarquías locales y reprimieron brutalmente al movimiento popular y campesino. En Yucatán el coronel Juan Ricárdez Broca aprovechó el alzamiento para arremeter contra el gobernador Carrillo Puerto y el Partido Socialista del Sureste y fusiló en Mérida al dirigente y varios de sus compañeros, entre ellos el marinero Pedro Ruiz, miembro del SRI, el 3 de enero de 1924. En Veracruz las tropas del general Guadalupe Sánchez arremetieron contra el agrarismo rojo y el Sindicato Revolucionario de Inquilinos.

Un grupo de la Liga dirigido por Licona, comenzó a realizar reuniones en los alrededores de Veracruz. Tenían por

toda arma una pistola, y dos veces estuvieron a punto de ser cercados por los soldados, pero evadieron los cercos y se concentraron en Plan del Manantial. Peor suerte tuvieron Juan Rodríguez Clara y Feliciano Ceballos, que el mismo 5 de diciembre fueron detenidos en las inmediaciones de la estación El Burro, por el coronel Aarón López Manzano (el que había dirigido la represión de junio del año anterior contra el Sindicato inquilinario), quien los entregó al terrateniente Franyutti, en cuya hacienda fueron asesinados a puñaladas. En los primeros días del levantamiento cayeron Marcelo J. Cruz y 16 campesinos más asesinados por el Ejército en el paso de Peñas Blancas. Igual suerte corrió Benito Fernández Colorado, agente de Propaganda Agrícola. El día 7, Guillermo Lira, secretario general de Las Juventudes Comunistas del puerto fue detenido en Boca del Monte, donde estaba comisionado trabajando en una escuela para los campesinos, colgado en un árbol y luego fusilado por pistoleros y soldados mandados por el cacique González. En el puerto se inició la cacería de Herón Proal y fueron asesinados el cromista Luis García, hermano del alcalde, y Jacobo Ramírez.

La prensa de la Ciudad de México informó que Herón Proal había sido capturado por el Ejército y fusilado y varios autores contemporáneos hicieron buena la información. Pero Proal usando las redes del Sindicato Inquilinario permaneció oculto en Veracruz durante toda la ocupación delahuertista.

El día 9 de diciembre cayó Jalapa en manos de los rebeldes. Allí fue capturado el primer secretario de la Liga, José Cardel, y fue enviado a Veracruz. Torturado brutalmente por el terrateniente Lino Lara murió en Mozambo. En Córdoba fueron asesinados Ángel López y J. Campo. Dos militantes impor-

tantes también fueron detenidos y se salvaron milagrosamente de morir: en Orizaba, el secretario de la JC, el obrero textil Mauro Tobón, y en las cercanías del Istmo, el ferrocarrilero simpatizante Francisco J. Moreno.

Todavía el 22 de enero del 24, fuerzas militares que buscaban a Proal destruyeron la imprenta de la CGT, donde se imprimía *Pluma Obrera*, y asesinaron a Carlos Cruz.

Desde el 12 de febrero el puerto quedó en manos del gobierno. Al llegar las tropas, Herón Proal salió de su escondite y organizó una manifestación que avanzó sobre *El Dictamen* disparando revólveres y tronando cuetes.

XI. La ruptura

El 5 de abril de 1924, Julián García, Porfirio Sosa, Arturo Bolio, Rafael Cruz y el resto del comité local del Partido Comunista, retiraron su reconocimiento a Proal, acusándolo de malversación de fondos.

Bolio cuenta: “Desconocimos a Herón Proal por su mala actuación, y porque prácticamente demostró ser lo contrario de lo que él ha propagado; al principio fue enemigo de la propiedad privada, no había ni grande ni pequeña que fuese bien adquirida. Siempre dijo: *La propiedad es un robo*; hoy sustenta un criterio bien distinto, tiene auto (un Overlan), sus casas propias, terrenos y una fuerte fortunita sindicalista revolucionaria (...) A raíz de haber desconocido al falso *mesías* muchas dificultades y tropiezos tuve que vencer. Se pretendió asesinarme por una ocasión”. ¿Eran estas acusaciones ciertas o encubrían una profunda ruptura política?

El hecho es que la separación y las purgas de la rebelión dejaron al partido comunista en muy malas condiciones.

La Local quedó desarticulada (“Es difícil reorganizarla con visitas continuas del secretario nacional”). Además se produjeron choques internos, y el partido expulsó a Barrios por “conducta bochornosa en su sindicato” y “actitud en la lucha contra Proal”.

La CROM en esos mismos días trató de aprovechar la coyuntura y convocó un acto sindical en Veracruz, que permitiera darle fin al movimiento inquilinario. María Luisa Marín, con varios militantes del SRI trataron de impedir el encuentro, poniendo una barricada en la entrada del salón de los estibadores y con gritos de “Mueran los explotadores del pueblo” y vivas a Proal, irrumpieron en el salón. Esa misma noche un mitin del sindicato llamó a proseguir la huelga. Trece miembros del Sindicato con María Luisa a la cabeza, fueron detenidos por 25 policías que además, trataron de capturar de nuevo a Proal en el local del Sindicato, dejando un saldo de un policía y varios inquilinos heridos.

María Luisa logró escapar y fue acusada de intentar incendiar el local donde se celebraba el acto cromista, así como de “sedición”. Arrestada tres días más tarde, fue enviada a la prisión de Allende, donde organizó la huelga de las tortilleras protestando por la carencia de agua potable y los malos tratos de parte de los carceleros. Las autoridades finalmente abandonaron el juicio.

Proal fue detenido y expulsado de Veracruz por órdenes de Plutarco Elías Calles, y mantenido “arraigado” en la Ciudad de México. En 1925, acusado de ser guatemalteco (basado en una vieja denuncia de 1916, cuando era marinero) será expulsado a ese país, del cual regresó inmediatamente, aunque sin poder retornar al estado de Veracruz hasta el final del 25.

En enero de 1926, Herón fue arrestado de nuevo en su casa de la calle Arista, lo acusaron de oponerse a la decisión judicial de retirar las banderas rojas y estrellas de la casa de los inquilinos, fue subido a un vapor y enviado a Frontera, Tabasco, dos días más tarde. María Luisa fue amenazada pero días más tarde acompañada por un grupo de ciudadanas del movimiento inquilinario entró al Ayuntamiento para exigir que se permitiera a la Dirección del Sindicato participar en las negociaciones que podrían dar fin a la huelga. Le propusieron que se disolviera el Sindicato y la amenazaron con darle 48 horas antes de arrestarla y expulsarla del estado.

Al día siguiente de la deportación de Herón, María Luisa fue arrestada y tuvo que abandonar Veracruz el 28 de enero de 1926.

XII. Epílogo

Herón volvió a Veracruz del exilio interior en 1929, se había separado de María Luisa (que reaparecería dos años más tarde, organizando grupos de mujeres obreras y campesinas en San Luis Potosí). Tenía 47 años. El Sindicato Revolucionario de Inquilinos, había desaparecido.

Se sumó al movimiento anticlerical que promovía Adalberto Tejeda, quien había dicho en Orizaba: “¡Abajo los ídolos de madera! ¡Abajo las imágenes rodeadas de simbólica santidad! ¡Ha llegado la edad del pensamiento y de la idea!”. Afiliado a la Unión Revolucionaria Anticlerical, anduvo en campaña de debates e ideas y promoviendo la quema de objetos religiosos. Paradoja de paradojas, en agosto de 1931, cuando llegaba a la calle Guerrero (que había sido uno de los pun-

tos de origen del movimiento inquilinario), mientras trataba de destruir objetos de culto, fue recibido a pedradas por un grupo de mujeres.

Proal se casaría con Lola Muñoz, con la que tuvo siete hijos, cinco de los cuales lo sobrevivieron y esperaba uno más a los 71 años, cuando Mario Gill lo entrevistó para escribir su *Revolución y extremismo*; vivía miserablemente y había sido recientemente despedido de un taller por razones de salud. Vivía en una casa de madera que valía con todo y el lote 2, 700 pesos.

Herón Proal moriría en abandono y olvido en 1959, a los 77 años.

En 2013 unos 80 miembros de la colonia Herón Proal, en el municipio de Medellín de Bravo, cambiaron su nombre por el de Enrique Peña Nieto, en un acto de servilismo que espero no les haya servido de nada.

Sin embargo un ejido en Veracruz, dos colonias cerca de Jalapa y Alvarado, una calle y una colonia en el DF, y una biblioteca virtual llevaban su nombre. Hasta donde he podido investigar, ninguna escuela ni cantina se llamaba así.